

HOMILIA

SOBRE EL EVANGELIO DEL DOMINGO DE QUINCUAGESIMA

predicada dicho dia

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OVIEDO

POR

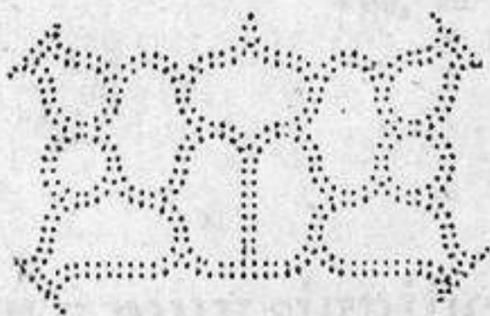
EL EXCMO. E ILMO. SEÑOR

DON JUAN IGNACIO MORENO,

OBISPO DE LA DIOCESIS,

Y QUE EN FORMA DE CARTA PASTORAL

DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE LA MISMA.



OVIEDO :

IMP. Y LIT. DE BRID, REGADERA Y COMPAÑIA,

calle Canónica, núm. 18.

—
1862.

HOMILIA

SOBRE EL EVANGELIO DEL DOMINGO DE QUINCAGESIMA

predicada dicho día

EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE OVIEDO

POR

EL EXCMO. E ILMO. SEÑOR

DON JUAN IGNACIO MORENO,

OBISPO DE LA DIOCESIS,

Y QUE EN FORMA DE CARTA PASTORAL

DIRIGE AL CLERO Y FIELES DE LA MISMA.



OVIEDO:

IMP. Y LIT. DE BRID, REGADERA Y COMPAÑIA.

Calle Cardenal, núm. 18.

1862.

NOS EL DR. D. JUAN IGNACIO MORENO,

POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOSTÓLICA
OBISPO DE OVIEDO, PRELADO DOMESTICO DE SU SANTIDAD,
ASISTENTE AL SACRO SOLIO PONTIFICIO, CONDE DE NOREÑA,
CABALLERO GRAN CRUZ DE LA BEAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN
ESPAÑOLA DE CARLOS III, DEL CONSEJO DE S. M. &C., &C.

*A nuestros venerables hermanos Dean y Cabildo de
nuestra Santa Iglesia Catedral, Reverendos Párrocos
y eclesiásticos de la Diócesis, y à nuestros amados
hijos los fieles de la misma: Salud y paz en nuestro
Señor Jesucristo.*

Respice, fides tua te salvum fecit.
Vee, tu fé te ha hecho salvo.
S. LUCAS, CAP. 18 VER. 42.

SORPRENDENTE y muy significativa es, Venerables
Hermanos y amados Hijos, la conducta que obser-
varon los Apóstoles al oír hablar á su Divino
Maestro de la pasion, como nos refiere con subli-
mes palabras el Evangelio de este dia. ¡Que ce-
guedad tan incomprensible y misteriosa la de sus
almas! ¡Que oscuridad tan profunda é inesplica-
ble la de sus corazones! Mejor que David cada uno

de ellos podia decir: la luz de mis ojos está muy distante de mi (1). Y ciertamente, amados Hijos, toma Jesus á los doce y en términos claros y sencillos les anuncia que está próximo á efectuarse el suspirado misterio de la Cruz. "Mirad, les dice, vamos á Jerusalem y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los Profetas del Hijo del Hombre. Porque será entregado á los gentiles, y será escarnecido, y azotado, y escupido. Y despues que le azotaren, le quitarán la vida y resucitará al tercero dia.,, ¿Puede referirse, ni detallarse un suceso cualquiera con mas claridad y sencillez? Pues los discípulos no lo entienden: circunstancia muy notable que nos hace observar él Evangelista San Lucas diciendo: "mas ellos no entendieron nada de esto:" y admirado añade: "y esta palabra les era escondida:" y como para acabar de expresar su asombro, vuelve á decir: "y no entendian lo que les decia."

Ya en otra ocasion en que el Salvador les habló tambien del mismo asunto, sucedió lo propio, é igualmente nos lo hizo notar S. Lucas diciendo: "que no entendian esta palabra y que les era tan oscura, que no la comprendian;" y lo que es mas

(1) Salm. 37 ver. 11.

aun, que ni siquiera se atrevían á preguntarle acerca de ella. *Et timebant eum interrogare de hoc verbo* (1), apésar de que estaban acostumbrados á hacerlo con santa libertad cuando no entendían otros de sus discursos y que alguna vez, quizá con menos motivo que en la ocasion presente, no dudaron decirle: "Maestro, ahora si que hablas claro y no usas de parabras" (2). No les dijo, como el Apóstol San Pablo en Mileto á los Presbíteros de la Iglesia de Efeso: hé aquí que ahora llevado por un impulso particular del Espíritu Santo voy á Jerusalem, no sabiendo lo que allí me ha de acontecer. (3) Jesus lo sabe, lo dice, lo declara, refiriendo hasta el orden mismo de los sucesos, y los Apóstoles no lo entienden, ni para entenderlo hacen el menor ni el mas insignificante esfuerzo. ¡Ah! ¡que ceguera tan lamentable es la que en la humanidad produce la rebelion de las pasiones opuestas siempre y siempre en guerra contra la cruz!

Lo que sucedió con los Apóstoles es lo que acontece actualmente con la sociedad. Lejos de entender la doctrina divina de la iglesia que por medio del

(1) S. Lucas, cap. 9, vers. 25.

(2) S. Juan cap. 16, vers. 29.

(3) Act. de los Apost. cap. 20, vers. 22.

presente Evangelio procura recordar á sus hijos la pasion, muerte y resurreccion del Salvador para prepararlos dignamente á la celebracion de esos grandes y augustos misterios, hace pública é impia ostentacion de todo lo contrario, convirtiendo los dias que preceden al santo tiempo de la mortificacion y de la penitencia, en dias verdaderamente infames, en espresion de Bossuet; dias que debieran borrarse del registro de los tiempos y que no se expiarán suficientemente con la penitencia de toda la vida; dias en que el hombre hace cuanto quiere y que á imitacion del rey Sedecias ejecuta cuanto se le antoja, sin ver, ni siquiera acordarse, que despues de esos dias que forman parte de aquel, que por esta razon llama el Venerable Granada dia del hombre, ha de venir el dia grande de Dios, en que le quitará el reino, destruirá á Jerusalem, lo conducirá aherrojado delante de Babilonia, matará en su misma presencia á sus hijos y amigos, le mandará sacar los ojos, llevar preso á Babilonia y permanecer en la cárcel hasta que espire, porque *Deus ultionum Dominus, Deus ultionum libere egit.* (1) Dios que es padre de las misericordias en Jerusalem, es en Babilonia el Señor de las venganzas; y así,

(1) Salm. 93. ver. 1.

el día terrible de la ira divina es siempre el que sigue al nefando de la prevaricación é iniquidad.

¡Que apartado, pues, Amados Hijos, se coloca en estos días el mundo de la iglesia católica para no entender su enseñanza, no vivir de su espíritu, no participar de sus nobles y elevados sentimientos! Es que sus infelices y desdichados secuaces padecen el vértigo producido por el violento desorden de las pasiones y aquel irreflexivo é imprudente movimiento del espíritu, que el Doctor Angelico llama precipitación. De ellos por lo tanto con mas razon que de los Apóstoles puede decirse: *et ipsi nihil horum intellexerunt, et erat verbum istud absconditum ab eis, et non intelligebant quæ dicebantur*. Cuando la Iglesia desempeñando su salvadora mision les predica de Dios, de Jesus, del Evangelio y de la Cruz; cuando deseosa de promover su bien espiritual, conferencia con ellos acerca del cielo, de la tierra y del infierno; cuando con la sabiduría que sin cesar le infunde su Divino Esposo, les habla de las criaturas, del mundo, de la religion, de los crímenes, de las virtudes, de lo bueno, de lo malo, de lo presente y de lo futuro, no entienden este lenguaje, que es completamente desconocido para ellos; no entienden lo que la iglesia les dice.

Vértigo fatal, malhadada ceguera, que no se cura sino con la fé; que no tiene otro remedio radical, sino el ejercicio de una fé viva y eficaz en Jesucristo, como nos lo proponemos probar siguiendo la sencilla esposicion del presente Evangelio, que hemos comenzado á hacer, si el Señor se digna asistirnos con la gracia que humildemente le pedimos, invocando el auxilio de la inmaculada Vírgen María, á la que hoy mas que nunca á fin de que sea fructuosa nuestra pastoral exhortacion, debemos suplicar con la Iglesia, *Profert lumen cæcis*, alumbrad ó Señora á los ciegos.

Despues de manifestar el Evangelio, Venerables Hermanos y Amados Hijos, la estraña conducta observada en la ocasion presente por los Apóstoles, por esos hombres eminentes y estraordinarios, que nos enseñaron hasta con sus mismas ignorancias, nos describe S. Lucas con rasgos propios de la inspiracion divina, un suceso al parecer distinto y que no tiene la menor connexion con el anterior. Nos cuenta la milagrosa curacion de un ciego. ¿Y quién mejor que un ciego podia representar la lamentable situacion moral de los Apóstoles, ni qué medio mejor que la curacion de la ceguera corporal para darnos á conocer cómo y por quién se cura la espiritual que

padecian? *Factum est autem*, nos dice, *cum appropinquaret Jericho, cæcus quidam sedebat secus viam, mendicans.* "Y aconteció, que acercándose á Jericó, estaba un ciego sentado cerca del camino, pidiendo limosna." ¡Que figura tan bella, tan interesante y tan significativa! No se crea que es gratuita y distituida de fundamento la suposicion de que ese ciego representa á los que padecen la ceguera del alma y del corazon. Queriendo el Salvador hablar de esta ceguera, y echarla en cara á los orgullosos Fariseos y obstinado pueblo judio, dijo de ellos, segun el testimonio de S. Mateo (1): "ciegos son y guias de ciego, si un ciego guia á otro ciego, ambos caen en el hoyo." Pero prescindiendo de esta autoridad, que como divina es incontestable, ¿qué otra cosa es la obstinacion en la culpa y el hábito del pecado, sino una verdadera y completa ceguera? Es el pecado, dice elocuentemente Massillon, un error que nos hace tomar los falsos bienes por el bien verdadero; un falso juicio que nos hace buscar en las criaturas el sosiego, la grandeza y la independendencia que solo se encuentran en Dios; una nube que cubre nuestra vista y nos oculta el órden, la verdad y la justi-

(1) Cap. 15, vers. 14.

cia, substituyéndolos con vanos fantasmas. Es cierto que una primera caída no estingue por completo la luz, que ella no siempre va seguida de la profunda noche, pues aunque el espíritu del Señor, fuente de toda luz, se retira y ya no habita en nosotros, quedan sin embargo en el alma algunos rastros de luz: á la manera que cuando el sol se retira de nuestro hemisferio deja en los aires ciertas impresiones de claridad que forman una especie de dia imperfecto, y á medida que mas se retira, avanzan y se condensan las sombras hasta que llega por último la profunda noche; del mismo modo cuando el pecador se obstina en la culpa y el pecado se convierte en hábito, crecen y aumentan las tinieblas, su alma se vé sumida en la mas horrible y espantosa oscuridad, padece en fin una verdadera y completa ceguera. *Cæcus quidam sedebat secus viam, mendicans.*

Es en efecto, Amados Hijos, el pecador obstinado un ciego sentado, porque vive en aquella lastimosa tranquilidad de la culpa, que hacía esclamar horrorizado á S. Bernardo: *Unde hæc securitas maledicta?* (1) ¿De dónde ésta maldita tranquilidad? Y que se halla colocado junto al camino,

(1) Serm. 28 de Divers. núm. 6.

porque en consideracion á los grandes estragos que ocasiona en su alma el mal ejemplo de las obras y palabras, de las acciones y escritos de los malvados, se encuentra en situacion de poder decir con toda verdad: *Juxta iter scandalum posuerunt mihi.* (1) Cerca del camino me pusieron tropiezo. Y dedicado al vergonzoso oficio de la mendicidad, porque careciendo de las verdaderas é inestimables riquezas de la verdad y de la justicia, se vé en el duro trance de mendigar, de pedir al error y á la maldad la degradante limosna de sus ilusiones y de sus engaños. *Estaba un ciego sentado junto al camino, pidiendo limosna.*

Cuando el hombre llega á este lamentable estado, todo cambia de aspecto á su vista. Las pasiones mas vergonzosas son para el disoluto meras debilidades de la humanidad; las afecciones mas criminales son para el lascivo las simpatías con que nacemos y que pueden ocupar un lugar en nuestros corazones; los excesos de la mesa son para el que vive entregado á la gula, placeres inocentes de la sociedad; las mas horrorosas murmuraciones no son para el infame detractor, sino lenguaje comun que solo á los espíritus débiles puede cau-

(1) Salm. 139, vers. 6.

sar escrúpulo; la bárbara venganza es para el iracundo justo y aun noble resentimiento; la usura, tan justa y sabiamente condenada por la moral cristiana, es en concepto del peor de los hombres, como el Espíritu Santo llama al avaro, interés legítimo de su dinero, ganancia lícita de su capital, un medio honesto y honrado de acrecentar su fortuna privada, para dar con ella vigoroso impulso á la riqueza pública; las leyes de la iglesia no son para el irreligioso sino prácticas anticuadas; los deberes que ellas imponen al cristiano en el tiempo pascual, costumbres introducidas por la conveniencia y no por la religion; el celo con que la iglesia procura que se guarden esas leyes y las penas canónicas de la privacion de los derechos espirituales con que amenaza castigar, y con dolor impone á sus obstinados infractores, se consideran actos insignes de ignorancia, de reaccion, de intolerancia, de crueldad y de barbarie por los mismos que admiran los códigos penales modernos, en los que con tanta frecuencia y aun en concepto de penas accesorias, se impone á los ciudadanos, por grande que sea su arrepentimiento de haber delinquido, la privacion absoluta y perpétua de los derechos políticos y civiles; el noble y desinteresado empeño con que el Episcopado espa-

ñol, armado de la fortalezay de su apostólico celo, se opone á que imaginaciones estraviadas, ó corazones corrompidos, perviertan por medio de la enseñanza pública á la juventud y que adulteren la fé y desmoralicen al pueblo por medio de la prensa, se llama antagonismo á las Universidades, ódio mortal á la imprenta. ¡Antagonismo á las Universidades! ¡quién lo creyera! ¡Antagonismo á las Universidades de España, alguna de las que, y muy insigne por cierto, ostenta en el honroso blason de sus armas insignias episcopales, como fundacion de un sábio, é ilustre Prelado. ¡A esas célebres escuelas, ornamento de la nacion y esplendor de la iglesia, que todos los obispos de España, al mismo tiempo que amamos como á las niñas de nuestros ojos á nuestros seminarios conciliares, establecidos, no para formar sábios, sino lo que es mas difícil, lo que supera las fuerzas del hombre, para lo que no basta solo el conocimiento de las ciencias humanas, para lo que se requiere ademas el auxilio de lo alto, para formar sacerdotes segun el espíritu de Jesucristo, á esas célebres escuelas, repetimos, que todos los obispos de España apreciamos como se merecen, complaciéndonos en reconocer y publicar el antiguo y bien adquirido renombre que alcanzaron, asi como serles deudores muchos de nos-

otros de nuestra instruccion y saber! ¡Odio mortal á la imprenta! porque con nuestras pastorales, reverentes esposiciones y con toda nuestra divina autoridad, nos interponemos entre esa grande institucion y los que quieren abusar de ella para fabricar un Evangelio nuevo, forjar una moral á su antojo y descatolizar á la sociedad española, cuando gustosos y aun reconocidos tributamos pública y privadamente nuestros imparciales elogios á los ilustres escritores, que difundiendo por medio de la misma las verdaderas luces en todos los ramos del saber, defienden la verdad, impugnan el error y esparcen la buena doctrina, y les animamos á que sin salirse de su terreno, continuen prestando con su instruccion y talento esos importantes servicios á la religion y al Estado.

Lo propio, amados hijos, sucede con todo lo demas. La gloriosa lucha, que en union de los obispos de todo el orbe católico, de la Iglesia entera, está sosteniendo el valeroso é inmortal Pio IX contra todas las potestades del infierno en defensa de la soberanía temporal, que en sus Estados corresponde á la Santa Sede, y que la Divina Providencia en sus sábios y adorables designios le proporcionó para asegurar el decoro, la libertad é independendencia del ejercicio del poder espiritual, se califica por los per-

turbadores de todos los países, de obcecacion, terquedad, imprudencia, ambicion, apego desordenado á los intereses mundanales, cuando ingratos no se atreven á echar en cara al Pontífice Sumo, á los Obispos, á todo el Sacerdocio católico, el innoble y anticristiano deseo de esclavizar á los pueblos. El mismo juicio de Dios se considera como exageraciones opuestas á su infinita bondad y clemencia. En una palabra; la filosofia, la moral, la teologia, el derecho, la política, la historia, la economía, todas las ciencias se presentan á su vista distintas de lo que en realidad son; todo cambia de aspecto ante sus ojos; todo lo ven bajo falsas apariencias; su propia vida pública y privada es una vana ilusion, una contradiccion constante, una pura farsa: dificilmente puede encontrarse una imágen que los represente mas á lo vivo, un tipo que nos dé una idea mas exacta de su lamentable situacion, que un ciego sentado junto al camino, pidiendo limosna. *Cæcus quidam sedebat secus viam, mendicans.*

Pero el Evangelio al referirnos la historia de este ciego, no solo nos hace conocer, venerables hermanos y amados hijos, el miserable estado de degradacion á que es arrastrado el hombre por los desórdenes de su espíritu y crímenes de su co-

razon, sino tambien nos enseña cómo y por quién se cura ese gravísimo mal moral, la ceguera del alma, mil veces mas funesta que la del cuerpo. Seguid escuchando al sagrado Evangelista.

”Y cuando oyó (el ciego) el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le digeron, que pasaba Jesus Nazareno. Y dijo á voces: Jesus hijo de David, ten misericordia de mi. Y los que iban delante le reñian para que callase. Mas él gritaba mucho mas: Hijo de David, ten misericordia de mi.” Son tantas y tan diversas las ideas que se presentan á nuestro espíritu, tan delicadas y vivas las emociones que experimenta nuestro corazon al considerar este interesantísimo pasage, que nos recuerda tambien la conducta de algunos ilustres varones no creyentes, que en las ciencias que dejamos indicadas, y aun en los diversos ramos de las mismas que mas conexion tienen con el dogma católico, piensan y discurren, hablan y escriben con mas sensatez, moderacion y cordura, con mas juicio y acierto que muchos que se apellidan hijos fieles de la Iglesia; es tan grande la impresion que al observar esta conducta siente nuestra alma, que conmovidos no podemos menos de esclamar con David: ”El Señor alumbra á los ciegos” (1) ó co-

(1) Salm. 145. ver. 8.

mo leemos en San Agustín, San Gerónimo y otros Padres: *Dominus sapientes facit cæcos.*

De otra suerte no se comprende, ni puede explicarse el maravilloso modo de obrar del ciego de Jericó. Sentado junto al camino, el tropel de gente que viene á perturbar su lamentable tranquilidad, como el tropel de crueles y amargos remordimientos en instantes felices inquieta en la suya al desdichado pecador, le obliga á preguntar: *quid hoc esset*: qué era aquello que así turbaba su desventura. ¡Y cosa admirable y de gran consuelo para los extraviados! Al oír que era Jesús Nazareno, nos dió un público y magnífico testimonio de lo que es, de lo que vale para la salud, vida y salvación de las almas, la invocación de ese augusto y santo nombre. Las voces, los gritos que al escucharle da, los extraordinarios esfuerzos que hace pidiendo curación y remedio, nos demuestra mejor que el más elocuente discurso, que ese admirable nombre es, como afirma San Bernardo, luz que alumbra cuando se pronuncia. Es la luz por medio de la que Dios nos llevó á su luz, aquella luz en vista de cuyos soberanos resplandores, pudo el Apóstol decir de nosotros: *Eratis aliquando tenebræ, nunc autem lux in Domino* (1): erais en

(1) Ephs., cap. 5, vers. 8.

otro tiempo tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor. Luz divina que disipando las tinieblas interiores en el alma del afortunado ciego, le hace, sin haber aprendido la ley, ni registrado los Profetas, ni consultado las sagradas escrituras, ni por su estremada pobreza podido adquirir instruccion alguna, exclamar del modo tan asombroso y sorprendente con que lo hace. Una cosa le dicen y él publica otra. Le dicen que pasa Jesus Nazareno, y él á gritos le proclama Hijo de David, y á grandes voces reconoce y confiesa que ese Señor es aquel hombre del Evangelio, que despues de algunas dificultades no puede negar tres panes á un amigo que con instancia se los pedia: que es aquel padre que no puede dar una serpiente á sus hijos que le piden de comer; que es aquel juez, que vencido por las súplicas de la viuda, cede por último á sus importunidades: que es, en fin, Jesus, el Salvador del mundo. Sí: lo reconoce como á su Dios, y por eso le dice: *miserere mei*, tened piedad de mí, y para interesarlo mas en su favor, repite su dulce y amabilísimo nombre, agregando un título tierno y afectuoso, *Hijo de David*, y aunque los que iban delante le reñian, como suelen increpar á los cristianos para alejarlos de la práctica de la religion, de la frecuencia de los sa-

cramentos y ejercicios de piedad, algunos que neciamente presumen ir delante de la misma Iglesia en el conocimiento de la verdad, observó con aquellos la prudente conducta que los fieles deben seguir con estos pretendidos sabios. No les hace caso: por el contrario, redobla sus súplicas, y con mas vivas instancias pide que se compadezca de él, diciendo, *Hijo de David, ten misericordia de mí.* Ciego está todavía, aun no ha llegado para él el momento en que desaparezcan las tinieblas exteriores que cubren los ojos de su cuerpo; pero la luz brillante de la fé que tan vivamente resplandece en su alma, le facilitará los medios de lograr su completa curacion. La fé vigorosa que le inspira su humilde y perseverante plegaria, se los proporcionará. Pronto podrá decir con el sabio: "¿quién jamás invocó á Dios y fue despreciado"? (1) y ofrecer al mundo un espectáculo, que haga esclamar á los verdaderamente conocedores de lo bello, de lo grande y de lo sublime: como fueron sus tinieblas, asi es hoy tambien su luz.

Ipsse vero multo magis clamabat. Empero él gritaba mucho mas. Esos gritos, Amados Hijos, con que haciéndose violencia, se oponia á los que le

(1) Eccli., cap. 2, vers. 12.

le reñian y descubrian á Dios todo el interior de su corazon, diciéndole : *Hijo de David ten misericordia de mi*; lo mismo que los que con igual objeto, y valiéndose de idénticas espresiones daba, contradiciendo las reconvenciones de los Apóstoles, la interesante Cananea; no menos que la solemne y misteriosa turbacion y los imponentes y amorosos gemidos del Salvador al resucitar á Lázaro, nos manifiestan los extraordinarios y sobrenaturales esfuerzos que es preciso haga el alma ciega por la culpa para lograr la gracia de su justificacion, porque el hombre, dice admirablemente San Agustin, debe gritar, bramar contra sí mismo, confesando sus iniquidades, á fin de que el hábito del pecado ceda á la violencia y eficacia del arrepentimiento. (1) ¡Qué consuelo seria el nuestro, si encargados como estamos de llevar el nombre de Jesus á las almas, que ciegas por sus extravíos no lo conocen, lográramos introducir en ellas algun rayo de esa luz soberana, que ahuyentando las tinieblas de los vicios, las decidiese á hacer la confesion sacramental de sus pecados, y entregarse de buena voluntad, con un corazon recto y pura intencion á los delicados y generosos senti-

(2) Tract. 49, in Joann.

mientos de la penitencia cristiana! ¡Oh! su suerte seria tan extraordinaria y milagrosamente feliz, como fué la del ciego que nos ocupa. Escuchad lo que el Salvador hizo para proporcionársela.

”Y Jesus parándose, prosigue el Evangelio, mandó que se le trajesen. Y cuando estuvo cerca, le preguntó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él respondió: Señor que vea.” Muy prodigiosa es, Amados Hijos, la virtud que tiene la fé, raiz y fundamento de la justificacion, asi como la fuerza ó eficacia que da á la oracion. Ella cautiva á Dios, le ata las manos, lo rinde. La fervorosa plegaria del ciego, la humilde voz de aquel que con tanta fé pedia, reproduciendo el prodigio obrado por Josué al parar el sol para completar una victoria del pueblo de Israel, hace parar, detenerse en el camino al verdadero sol de justicia Cristo Jesus. Este divino Jacob, ó victorioso luchador de la oracion, ordena que se le acerque aquel, á quien él ya se habia acercado con el influjo de su gracia. *Jussit illum adduci ad se.* Mandó que se lo trajesen, porque á Jesus nadie va, que él mismo no le lleve: á Jesus nadie vuelve, si su fortaleza no vence nuestra debilidad, su virtud nuestra malicia, su paciencia nuestra pertinacia; si no lo trae atado con el lazo de su regaladísimo amor. Suave como viento lijero, y fuerte



como el Aquilon, inspira el santo deseo, ayuda á realizarlo, y despues remunera con magnífico galardón lo obrado con el ausilio poderoso de su omnipotente y misericordiosa mano. Jamas vuelve la vista para no ver nuestras dolencias. Es la salud eterna que desde muy antiguo tomó por su sola piedad el oficio de sanar nuestras enfermedades. Por eso, asi como David en busca del remedio de la suya decia á Dios: tened piedad de mí, porque estoy enfermo (1), el ciego acudió á Jesus, y no en vano, pues *cuando estuvo cerca*, compadecido de él, le preguntó lleno de dulzura y de amor: *Quid tibi vis faciam? Qué quieres que te haga?*

A uno solo pregunta y enseña á todos. Con esa admirable pregunta desconcierta los planes inícuos de sus enemigos. En medio de ellos coloca el teatro de sus beneficios para reparar el defecto de la naturaleza y ostentar la eficacia y poder de su gracia, curando en presencia de todos al que públicamente se lo habia pedido. De esta suerte no pudieron los fariseos decir lo que dijeron del ciego de nacimiento, que no era el mismo sino otro hombre que se le parecia. Todos oyen la pregunta, todos escuchan la respuesta: *Domine ut videam*: como si

(1) Salm.

dijera luz mia, sol mio, resplandor mio : *Dominus illuminatio mea, et salus mea*, lo que quiero, lo que delante de todos te pido, lo que espero conseguir de tí, es la luz de mis ojos para conocerte á tí, que eres mi salud y por consecuencia mi vida. *Domine ut videam*, le dice, pidiéndole aquella vida que, segun San Pablo (1) está oculta en Dios con Cristo, el cual lo está en el seno del Padre, vida que es la verdadera vida, la fuente de la vida, vida tan necesaria al hombre, que sin ella le es forzoso perecer y morir.

¡Oh vida humana incapaz de buenos consejos! Qué diferente serias, cómo mejorarías de condicion, si asustada con los excesos que cometes, cuando te conformas con las máximas corrompidas y corruptoras del mundo, de ese mundo, que como afirma San Agustin, es mas temible cuando se presenta risueño, que cuando maltrata (2), no te revelarás contra tu Dios, no sacudieras el yugo suave de su religion, no te convirtieras en vida verdaderamente brutal, y si aleccionada por el ciego, dijeras como él : *Domine ut videam*, pidiendo la luz de la fé y el don precioso de la gracia, de esa gracia tan

(1) Epist. á los Col., cap. 3.

(2) Epist. 144.

necesaria para reparar la facil caida de la inocencia al libertinaje y hacer la difícil y trabajosa subida del libertinaje á la penitencia. Mira que la fatal ceguera que padeces, no se cura sino con la fé, no tiene otro remedio sino el ejercicio de esa misma fé. A ella debió el ciego su curacion. El mismo Salvador te lo asegura. Oye sus tiernas y amorosas palabras. *Y Jesus le dijo : Vee, tu fé te ha hecho salvo. Y luego vió, y le seguia glorificando à Dios. Y cuando vió esto todo el pueblo, dió loor à Dios.*

Nosotros tambien, venerables hermanos y amados hijos, al considerar los triunfos de la fé en la conversion de los pecadores, demos alabanzas al Señor, cantando con David: *Illuminans tu mirabiliter à montibus æternis, turbati sunt insipientes corde* (1). Alumbrando vos, que sois luz no creada, y resplandeciendo desde allá en los montes eternos de los cielos con la fuerza de vuestro soberano resplandor, dais luz á los mortales, alumbrando á los necios de corazon. Y ciertamente que este portentoso prodigio de la gracia no merece menores alabanzas, que las que el pueblo tributó por la curacion del ciego. Es aquel prodigio en sentir de San Agustin una obra mayor que la creacion del cielo y de la

(1) Salm. 75, vers. 15.

tierra, puesto que al crear el mundo, la sabiduría y poder divino no encontraron resistencia alguna, mientras que en la conversión de una alma encuentran la de su voluntad opuesta á la de Dios. Por eso se le llama la obra de la mano derecha del Altísimo *Dixi: nunc capi, hæc mutatio dexteræ Excelsi* (1). Caí en la cuenta, exclamaba David despues de curado de la ceguera de la culpa, ahora comienzo á servir á Dios, al fin parece que esta mudanza es obra de la diestra del Excelso. Lo es en efecto, amados hijos, porque ella lo es de la virtud de Dios, del *brazo santo* del Padre, como el mismo Real Profeta llama á Jesucristo, (2) el cual ostenta hoy el poder de sanar las dolencias del hombre, curando por último al ciego con solo decirle: *Respice: vee*, y al punto vió y le seguia glorificándolo. Porque vió, le siguió, pues no viera, dice San Ambrosio, si no siguiera á Cristo, predicase al Señor y renunciara al siglo (3). Su conducta guardó por lo tanto conformidad con sus creencias. Sus obras correspondieron á sus palabras, su fé le hizo ejecutar esas mismas obras, asi como estas hicieron mas viva y eficaz su fé, y á diferencia de muchos cristianos que

(1) Salm. 76, vers. 11.

(2) Salm. 97, vers. 1.

(3) Exposit. Evang. sec. Luc., lib. 8.º, núm. 84.

lo son en el nombre, que en el seno mismo de la religion viven sin religion, que solo profesan cuando mas un catolicismo meramente especulativo que está en abierta contradiccion con su vida y que en lugar de salvarlos, atraerá sobre sus cabezas aquel anatema divino: *Ex ore tuo te judico, serve nequam*: voy á juzgarte, ó malvado, por tus mismas palabras, (1) mereció el ciego que Jesus lo curase y que atribuyese esta curacion á la virtud milagrosa de su fé. Asi no le dice mi bondad y poder, sino tu fé es la que te ha salvado, *fides tua te salvum fecit*, palabras admirables que sirven de fundamento á la doctrina que hemos espuesto, sosteniendo que la ceguera del alma no se cura sino con la fé, y que no tiene otro remedio radical que el ejercicio de una fé viva y eficaz en Jesucristo.

Gran Dios: ¡qué beneficio tan singular habeis hecho al hombre revelándole la única religion verdadera! ¡Que bienes tan extraordinarios le proporciona la fé católica! ¡Ah! Solo blasfeman de ella, los que no la conocen. ¡O fé de Jesucristo! ¿Dónde te encontrará el que tenga la desgracia de no conocerla? ¿Sabeis donde, Amados Hijos? Allí donde está el mismo Jesucristo, os responderé con el sabio Bourdaloue. ¿Mas dónde está Jesucristo? Allí

(1) S. Luc., cap. 19, vers. 22.

dónde está su Iglesia. ¿Dónde finalmente está su Iglesia? Allí donde desde S. Pedro, Vicario de Jesucristo, por la mas invariable é incontestable tradicion está la silla apostólica, la cátedra de Jesucristo. Esta es la solidísima piedra sobre la que él mismo fundó su Iglesia, que es la columna y firmamento de la verdad. En las tempestades y peligros que corra vuestra fé, acojeos, Amados Hijos á esa piedra fundamental que ninguna fuerza humana puede remover. Asios, abrazaos fuertemente á esa firmísima columna, que ningun poder del mundo puede destrozar. Buscad asilo en esa iglesia, que destinada á durar hasta la consumacion de los siglos, el príncipe de las tinieblas con todas sus formidables legiones de espíritus mil veces peores que él, jamás podrá destruir. Tendreis, es cierto, combates que sostener: no os cause esto desaliento. Los mártires tambien los tuvieron y salieron de ellos victoriosos. Mas si alguna vez fluctuase vuestra fé, mirad el tropel de gente que en nuestros mismos dias desde el oriente hasta los últimos confines del mundo va á buscar esa luz divina en la iglesia romana, madre y maestra de las demas iglesias; y aun cuando os riña la impiedad de nuestro siglo, que tiene la loca presuncion de ir delante del Papado aun en lo concerniente al lus-

tre, decoro y conveniencia espiritual del Primado Apostólico, volved vuestros ojos hácia el gran Pontífice que ocupa esa cátedra. Es el sucesor de Pedro, el Vicegerente de Jesucristo en la tierra. Si en las turbaciones de vuestra alma fijad en él vuestra vista, y cuando por efecto de la solitud que tiene de todas las iglesias, os pregunte: ¿qué queréis que os haga? Contestadle uno por uno como el ciego de Jericó: *Ut videam*, que vea. De esta suerte nada perderá con los mas rudos ataques vuestra fé; por el contrario aumentarán su mérito esa sumision y docilidad cristianas. *Respice*, os dirá alumbrando vuestros espíritus con la sabiduría celestial de sus decisiones y decretos, y Jesucristo, juez supremo de vivos y muertos, queriendo premiar en el cielo la fé que conservasteis viva por la caridad que fué la que os inspiró la sumision y obediencia á su Vicario en la tierra, despues de decirnos en el dia del juicio á cada uno de vosotros: *Fides tua te salvum fecit*, tu fé te ha salvado, os ceñirá en la Jerusalem triunfante la corona inmarcesible de una eternidad feliz y bienaventurada.

En testimonio del ardiente deseo que tenemos de que alcanceis ese bien tan suspirado, y como prenda del entrañable amor que os profesamos, desde lo mas íntimo de nuestro corazon os damos nues-

tra bendicion en el nombre del Padre y del Hijo y del Espiritu Santo.

En nuestro Palacio Episcopal de Oviedo á 2 de Marzo de 1862.

JUAN IGNACIO, *Obispo de Oviedo.*

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi señor,
Dr. D. CESAREO RODRIGO,
Canónigo Secretario.



Esta Pastoral se leerà en el ofertorio de la misa popular en todas las Iglesias parroquiales y sus hijuelas, en uno ó varios dias festivos mas inmediatos à su recibo.

una bendición en el nombre del Padre y del Hijo y
 del Espíritu Santo. En nuestro Palacio Episcopal de Oviedo a 2 de
 Marzo de 1862.
 JUAN IGNACIO, Obispo de Oviedo.

Por mandado de S. E. I. el Obispo mi señor,
 DR. D. CESARRO RODRIGO,
 Canónigo Secretario.



Esta Pastoral se leerá en el oficio de la misa
 popular en todas las Iglesias parroquiales y sus her-
 mandades, en uno ó varios días festivos más inmediatos
 á su recibida, no cesando de leerse en el oficio de la misa